

Introducción

En mi vida personal, desde niño, habiendo nacido en una familia profundamente cristiana y católica, era natural que la Iglesia y su Supremo Pastor, el Papa, ocupasen un lugar central en mis conocimientos, en mis intereses culturales, espirituales y afectivos. A ello siguió mi deseo de conocer a los Papas físicamente. Así, habría podido repetir lo que escribe san Juan en su primera carta sobre la sublime experiencia del Hijo de Dios hecho carne: «Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que nuestras manos han tocado, esto es, el Verbo de la vida... lo anunciamos también a vosotros, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros... para que nuestra alegría sea perfecta» (1, 1.3-4).

La bien conocida definición de santa Catalina de Siena referida al Papa, “el dulce Cristo en la Tierra”, siempre me ha fascinado, y, de forma providencial, el recorrido concreto de mi vida me ha acercado progresivamente desde mi juventud a la sede del papado. Por una serie de circunstancias correspondientes a mi formación y a la benevolencia de diversas personalidades de la Iglesia, he podido colaborar cada vez más con los Papas de mi época y puedo decir verdaderamente que los he “visto de cerca”.

En esta narración serena y positiva deseo volver a evocar los momentos más hermosos de mi devoción a los papas Pío XII y Juan XXIII, y de mi creciente colaboración a partir de Pablo VI hasta el papa Francisco. Naturalmente, una parte significativa la representan los pontificados de Juan Pablo II y Benedicto XVI.

Me he decidido a hacerlo para compartir el sentido de pertenencia eclesial en la variedad de acontecimientos que han marcado la historia reciente de la Iglesia, la alegría de haber podido aportar una pequeña contribución al bien común, y de haber apoyado con la oración y con mi acción pastoral los grandes proyectos de renovación que los sucesores de Pedro han puesto en funcionamiento después del Concilio Vaticano II.

Espero que estos recuerdos puedan suscitar en los lectores mi mismo entusiasmo, que ha permanecido joven a pesar de mis años, y la confiada esperanza de ser, *cum Petro et sub Petro*, testigos de la alegría del Evangelio.

+ CARD. TARCISIO BERTONE